



Rafael Simancas
Diputado socialista

Es la hora de la socialdemocracia

La socialdemocracia tiene una cita con la Historia. Millones de seres humanos necesitan un cambio profundo en el sistema económico que limite y regule los mercados. Para ello, la socialdemocracia debe apostar por avanzar hacia un gobierno mundial que asegure que las relaciones económicas internacionales se realicen conforme a parámetros de equilibrio y desarrollo global. Es necesario corregir la deriva actual y lograr que los mercados trabajen al servicio del progreso de las sociedades, defendiendo especialmente la consolidación del modelo social europeo y su extensión en todo el mundo.



C. BARRIOS

La socialdemocracia europea vive una paradoja tan evidente como difícilmente explicable. El estallido de la crisis financiera global y las respuestas orquesta-

das por los Gobiernos de todo el mundo han resuelto por la vía de los hechos la batalla ideológica que izquierda y derecha venían sosteniendo desde la caída del

muro de Berlín. La derecha ha perdido la batalla, porque sus postulados neoliberales se encuentran en el origen mismo de la crisis que nos ha empobrecido

gravemente a todos. Y la izquierda ha ganado la batalla, porque sus recetas intervencionistas han sido aplicadas con fruición hasta en la meca misma del capitalismo salvaje; Wall Street por ejemplo.

Pero a la vez que los socialdemócratas ganaban en los diagnósticos, en el "ya lo decía yo", y en las claves ideológicas de las medidas a aplicar para hacer frente a la debacle financiera y a sus consecuencias terribles en la economía real, sus partidos iban perdiendo terreno en los escenarios políticos nacionales. Conforme el mundo se hacía más socialdemócrata que nunca, cuando los líderes de todos los colores políticos asumían los postulados keynesianos de más Estado y más

nítidas ante la opinión pública las desigualdades entre los pudientes codiciosos y los desheredados de la Tierra. Nunca resultaron tan evidentes las pruebas del fracaso de los mercados desregulados en la distribución mínimamente sostenible de los recursos. Nunca se vieron tan claras las amenazas al bienestar social y a los derechos de ciudadanía. Y cuando más falta hace la socialdemocracia en el mundo, sus líderes y sus organizaciones parecen abdicar de su responsabilidad de alzar la voz y reclamar un cambio de rumbo hacia la igualdad, la libertad y la justicia. Es la hora de la socialdemocracia, pero da la sensación de que los socialdemócratas no acuden a su cita con la Historia.

La socialdemocracia debe propiciar una refundación del capitalismo sobre criterios que antepongan el interés general, los valores colectivos y los derechos humanos sobre la lucha descarnada y egoísta por la ganancia particular y la acumulación de riquezas.

control en los mercados, los socialistas retrocedían en las encuestas, en las elecciones y en los debates, tanto en el ámbito local como en el internacional. Sólo España, Portugal y Grecia siguen sosteniendo la bandera socialista en los Gobiernos nacionales, aún con muchas dificultades.

Más razones que nunca

Desde la segunda gran guerra, puede que nunca hayan sido tan constatables como ahora las desigualdades y las injusticias que constituyen la razón de ser, y el motor mismo, de la socialdemocracia. Nunca aparecieron tan

¿Cuáles son las razones de esta incomparencia? Puede que los dirigentes de la izquierda no hayan podido superar el estado de *shock* que provocó en los principales centros de decisión el estallido de la burbuja financiera. Contemplar como iban cayendo, cual fichas de dominó, los grandes templos de la ortodoxia económica mundial situó a los líderes de todo el espectro político al borde del abismo. Y si todavía no les ha vuelto el color a la cara, difícil resultará que les vuelva el color a las ideas, al menos a corto plazo. En los momentos críticos las decisiones urgentes suelen so-

breponerse a las decisiones importantes, por contraproducente que esto pueda resultar a veces.

También puede entenderse que cuando todos los dirigentes políticos del mundo reaccionan a la crisis desde las mismas coordenadas ideológicas, por contradictorias que parecieran en algunos casos respecto a sus trayectorias más recientes, poco margen hay para la diferenciación y la reivindicación. De Bush a Merkel, de Londres a Sidney, todos los Gobiernos se lanzaron a intervenir mercados, a nacionalizar bancos y a poner en marcha las máquinas de hacer dinero, para sujetar el tinglado financiero que se venía abajo y para recuperar el pulso de una actividad económica que había fenecido por parada total. Si los oráculos de la doctrina neoliberal se visten de rojo y desde los *brokers* más salvajes a los dirigentes empresariales más celosos de la intervención estatal se piden "paréntesis en la economía de mercado" (Gerardo Díaz Ferrán *dixit*), hay que reconocer que se deja poco margen para un discurso heterodoxo desde la izquierda. Aún en estos días, la canciller conservadora de Alemania reclama regulación estricta de los productos financieros especulativos y nuevas tasas para las transacciones financieras. Y el recién elegido Cameron sube los impuestos en la Gran Bretaña...

Márgenes estrechos

También es verdad que los socialistas gobernantes, como todos los Gobiernos del mundo, han visto estrecharse sobremanera sus márgenes de actuación ante la crisis. La coordinación de estrategias, la concertación de

actuaciones, la inversión de recursos comunes para sostener la estabilidad del sistema, los obligados marcajes entre socios, dictan una agenda difícil de soslayar. Cuando toca estimular la demanda, lo hacemos todos. Cuando toca ajustar el déficit, nadie puede salirse de la línea. Cuando resulta obligado fijar nuevas normas para embridar el casino financiero, o las dictamos y las aplicamos entre todos, o la cosa no funcionará. Es cierto que el margen ideológico en estos escenarios es estrecho.

No se puede obviar el temor a las consecuencias de moverse en la foto de la acción concertada en el euro, en la Unión Europea, en el G-20... Entre todos nos cubrimos las espaldas por lo que pueda pasar, y a la intemperie hace mucho frío. Pero las razones sobre aquella incomparecencia de la izquierda global ante su público van más allá probablemente. Porque asistimos desde hace demasiado tiempo, desde antes de la crisis, a un retroceso de la política y de los valores políticos en términos de popularidad, y de legitimidad incluso.

El pensamiento político, el compromiso político, la acción política y la participación política no están bien vistas en general. Hemos de reconocer la incidencia exitosa de las estrategias orquestadas contra la política y contra los políticos desde otros ámbitos de poder y desde plataformas concretas de intereses

parciales y poderosos. Buena parte de la izquierda, incluso, ha comprado ingenuamente este discurso. Hasta los propios políticos nos hemos convertido en los únicos profesionales que denigran su actividad y abominan de su profesión ("Esta decisión es muy importante y no debe politizarse", "Yo no me tomo la política como una profesión, sólo es



C. BARRIOS

un paréntesis en mi trayectoria"...). Y sin política, ¿cómo puede haber política socialdemócrata? La derecha no necesita de la política para administrar sus intereses y para ejercer el poder.

Acudir a la cita con la Historia

Sin embargo, si reconocemos que esta es la hora de la socialdemocracia, hemos de reaccionar para no defraudar a los miles de millones que necesitan y esperan un cambio en las reglas del jue-

go, para que podamos jugar todos, en igualdad de condiciones, sin que la codicia ilimitada de unos pocos desaprensivos amenace los derechos y la dignidad en las condiciones de vida de la mayoría. Ahora que la crisis va encauzándose, quizás sea el momento de aplicar el ideario progresista tradicional en la articulación de una alternativa socialdemócrata valiente y decidida a escala global.

La socialdemocracia compareció en otra gran cita histórica tras la II Guerra Mundial para pactar el modelo social europeo a cambio de contener el avance soviético en Occidente. Ahora tiene una nueva cita no menos trascendente. ¿Cuál debiera ser su oferta? Un discurso político nuevo y una acción política distinta, adecuados para la encrucijada del presente a la altura de las esperanzas de millones de progresistas en todo el mundo, y con el coraje que inspira siglo y medio de historia en el compromiso socialdemócrata con los más necesitados.

El discurso socialista para este nuevo futuro debiera incorporar al menos cinco grandes vectores. Primero la apuesta por la gobernanza mundial. Si los desafíos y las soluciones son globales, los instrumentos de gobierno colectivo también deben serlo. El mundo necesita un gobierno económico para asegurar que las relaciones económicas internacionalizadas se desarrollen conforme a parámetros de equilibrio y desarrollo global. Porque la glo-

balización de la economía no puede limitarse a la desaparición de las fronteras para el intercambio de productos y servicios. Si no hay fronteras para la actividad económica tampoco debe haberlas para su gobierno y para las políticas monetarias, fiscales o de garantías en los derechos de los trabajadores.

Y junto al gobierno económico, un gobierno político también mundializado que trabaje para extender los derechos humanos, la democracia, la seguridad global... Mientras la gobernanza aún se sueña para el mundo, los europeos tenemos el privilegio de poder extenderla ya en nuestro continente. No perdamos tiempo ni energías en prejuicios soberanistas.

Segundo, la regulación de los mercados. Para que los mercados trabajen al servicio del desarrollo y el progreso de las sociedades, y para que las sociedades no deban sacrificar su bienestar al servicio de los más codiciosos en los mercados. Si el capitalismo es inexorable como marco de distribución de recursos, el capitalismo debe ser revisado y refundado sobre normas estrictas que antepongan el interés general, los valores colectivos y los derechos humanos sobre la lucha descarnada y egoísta por la ganancia particular y la acumulación de riquezas.

En defensa del modelo social europeo

Tercero, la consolidación del modelo social europeo y su extensión en todo el mundo. Porque hay quienes buscan la coartada de la lucha contra la crisis para finiquitar la mayor conquista de la izquierda en la historia

del mundo. Las medidas a aplicar frente a la crisis, el saneamiento de las cuentas públicas y la búsqueda de las mejores condiciones de competitividad económica, han de tener como objetivo último la salvaguarda del modelo de bienestar social establecido en Europa durante el último medio siglo, y no su voladura como pretenden algunos. Los derechos sociales en la sanidad, la educación, las pensiones, y las políticas de igualdad constituyen el ADN de Europa. Salvarlo y extenderlo es meta fundamental e irrenunciable para la izquierda.

La socialdemocracia necesita un discurso nuevo y una acción política distinta, enfocada a abrir más la política a la gente para conquistar mayores cotas de democracia.

Cuarto, unas relaciones internacionales basadas en el respeto a la legalidad internacional, en la confianza en los organismos internacionales y en la persecución de un desarrollo equilibrado y justo. La socialdemocracia ha de proponer la lucha global contra las desigualdades y los planes internacionales de desarrollo para las poblaciones que sufren miseria, hambre, analfabetismo y persecución. Y quinto, el combate activo en la conquista de los nuevos derechos: el derecho a la protección del medio ambiente, el derecho a la igualdad entre mujeres y hombres, el derecho a la identidad sexual propia, el derecho a la cultura tolerante y mestiza, el derecho al acceso equitativo a las nuevas tecnologías...

Pero hablábamos de un dis-

curso nuevo y una acción política distinta. Porque si el discurso debe cambiar, las formas de hacer política necesitan también de una transformación radical. La mayoría de los seres humanos no aceptan ya una práctica democrática que les margina como meros sujetos pasivos ante las decisiones que afectan a todos, pero que adoptan unos pocos. Ser ciudadanos implica acceso a la información, capacidad de análisis, criterio propio, posibilidad de participación e implicación en las decisiones colectivas.

El mundo ha pasado de siglo, y no puede admitirse que la par-

ticipación política siga anclada en cauces y formas propios del siglo XX o incluso del siglo XIX. O abrimos la política a la gente o la gente dará la espalda a la política. Y esta responsabilidad corresponde también a la socialdemocracia, porque a la izquierda importa la implicación política de las mayorías. La derecha gana cuando la mayoría se inhibe. Los poderes conservadores avanzan cuando retrocede la democracia. Transparencia, apertura, democracia, participación, imaginación. O la izquierda es una izquierda movilizadora y transformadora o no será.

La socialdemocracia tiene una cita con los que menos tienen y con los que más sufren. De hecho, tiene una cita con la historia y consigo misma. La estamos esperando. **TEMAS**